

I. El tratamiento del tema femenino en su función

A pesar de que un gran número de libros, artículos y monografías académicas se ocupan de la narrativa del siglo XIX latinoamericano, pocos son los trabajos que estudian la problemática femenina planteada en esa narrativa. Sorprende constatar, aun entre críticos progresistas, la falta de atención que se ha prestado al personaje femenino en las novelas del siglo XIX hispanoamericano.

Se diría que la mujer protagonista ha sido considerada poco importante. Urge por ello estudiar a los personajes femeninos de la novelística decimonónica para así averiguar cuál es su función dentro de la obra y de la sociedad latinoamericana coetánea.

Tocante a la novela del escritor cubano. Cirilo Villaverde, Cecilia Valdés o la Loma del Ángel (1882), a primera vista su trama parece reducirse a un conflicto amoroso entre dos medios hermanos: Cecilia Valdés y Leonardo Gamboa. Debido a las diferencias sociales y étnicas, y al posible incesto, el matrimonio entre los dos protagonistas no se puede realizar. Sin embargo, como en la Cuba decimonónica se permiten y aun alientan las relaciones sexuales extra legales entre blancos, mulatos y negros, Cecilia y Leonardo terminan amancebándose durante un corto período de tiempo. La novela termina cuando Leonardo, aburrido de nueve meses de concubinaje, recapacita sobre su posición social y decide casarse con Isabel Illicheta, su rica prometida. En este momento, Pimienta, un sastrero mulato enamorado de la protagonista, resuelve ayudar a su amada dando muerte a quien la engañó.

A Cecilia Valdés, la "mulata" blanca, y a toda su familia, se le dedican escasos seis capítulos de los doce de la primera parte de la novela; ocho de los diecisiete de la segunda; ninguno de los de la tercera, y sólo dos de la parte final. De esta manera, mientras el título y el

## de Villaverde



## Raza, clase y estructura familiar

30

planteamiento de la novela pretenden dedicarse a los problemas de un conflicto amoroso, el desarrollo de la misma pone en evidencia tópicos e intereses diferentes. Lo que realmente encontramos en el texto son dos primeras secciones que, al darnos el panorama de las costumbres, la cultura, la estructura familiar, la economía doméstica, el problema de la trata y la muy principal cuestión étnica, abonan el terreno para una tercera parte dedicada íntegramente y con lujo de detalles a la producción. La cuarta parte o desenlace, así como que han sido dejados sueltos en las anteriores, los esclavos en la ciudad, el concubinaje; pero sobre todo, articula de manera clara y magistral, la estructura legal que apoya y justifica todos los males sociales anteriores, para rematar en una conciliación del hombre con su clase a través del matrimonio.

La estructurada distribución de los diversos aspectos sociales de La Habana y su crítica, la presentación de los problemas generales de la propiedad y la producción del occidente cubano y su tratamiento favorable, nos indican los rasgos más salientes de la ideología liberal coetánea. El programa económico es por demás clásico. Narrado de manera realista es lo que al cultivo y la tenencia de la tierra se refiere, Villaverde se pronuncia a favor de la industrialización para el mejor provecho de la tierra y la obtención de la riqueza. El panorama político propone el corte radical con la metrópoli, a la vez que muestra los efectos sociales del colonialismo en la estructura gubernamental del capitán Vives. El análisis de las relaciones sociales no deja de tener fuertes dejos morales.

A esta ideología general se le pueden encontrar contradicciones estudiando los diferentes modos narrativos de que se vale el autor. Por ejemplo, mientras el proceso productivo es narrado en forma realista, las relaciones sociales siguen el modelo naturalista romántico. No cabe duda que el crítico enfrenta una visión idealizada de la relación amo-esclavo en la produc-

en la finca La Luz de Isabel Illicheta. Y también es obvio el contraste marcado que esta descripción establece entre las relaciones sociales personalizadas en Isabel y aquellas típicas de los dueños del ingenio La Tinaja. El contraste, marcado por el cambio de estilo, pone en evidencia posiciones ideológicas favorables a la abolición, aunque en todo el texto ésta sólo aparezca nombrada dos veces. Cuando Isabel habla de la abolición muestra simpatía y apoyo a un tratamiento más humanitario del esclavo que redundará en un mayor rendimiento productivo para el amo. La crítica que hace Villaverde del tratamiento que dan los dueños del ingenio La Tinaja a sus esclavos, fundamentado en el análisis productivo, también se inclina hacia esta visión caritativa hacia el esclavo. Ella revela la consabida actitud crítica hacia las culturas africanas.

Más si el romanticismo pinta jardines al lado de cafetos y amas dulces junto a esclavos sumisos, el naturalismo se encarga de presentar, desarrollar y explicar la situación de las mujeres "de color." A pesar de la bien expuesta crítica social, el fenotipo da debida cuenta de las pasiones, vicios y virtudes, al mismo tiempo que crea el estereotipo racista. Y en este aspecto y, a pesar de las buenas intenciones y simpatías que revelan los comentarios morales, el juicio del narrador viene a coincidir con el de los personajes más conservadores construyendo así una visión unívoca que se pone en evidencia cuando se habla de los brazos irremediablemente saltones, la inclinación natural a la música y a la danza, la ignorancia, incultura, lascivia, pasión y desenfreno sexual de las mulatas.

Es en el reconocimiento e identificación del estereotipo racista donde cobra más violencia el sexismo, y donde la varias voces narrativas coinciden. El perspectivismo se viene a estrechar contra estos dos problemas en apariencia irremediables, por lo menos bajo el dominio del capital. Al referirnos al racismo y al sexismo estamos tocando cuestiones mayores: el primero trae a colación, aunque no explícitamente, el problema de la unificación nacional, que tenía, por necesidades

incluir a blancos, negros y mulatos; de la misma manera, el sexismo hace referencia al control del sexo para la mejor preservación de la herencia, el mantenimiento cerrado y blanco de los círculos sociales privilegiados, con el consiguiente freno a la movilidad social de los hijos naturales, y las referencias a la economía de subsistencia que caracteriza a la familia. Mediatizadas están estas cuestiones porque la incorporación nacional de la población negra contradice y se opone a un componente esencial del liberalismo: la inmigración blanca o el progresivo blanqueamiento de la población. Mediatizado también está el sexismo —mucho más fuerte, efectivo y devastador en las clases trabajadoras: esclavos, artesanos, vendedores—, porque está en íntima relación por un lado con el racismo y por el otro con el papel económico y doctrinario que juega la familia.

Es innegable que lo étnico, la identidad racial socialmente reconocida, es un problema fundamental para todo cubano del XIX, y Villaverde no es una excepción. Por el contrario, toda su novela informa acerca del carácter obsesivo que las mezclas y sus diferentes porcentajes le merecen al autor. Y con mucho acierto pone de manifiesto cómo, dónde y cuándo se trata este problema. Muestra de lo anterior es la exactitud con que concibe a sus personajes—los blancos incluidos—, las pláticas y preocupaciones que pone en boca de ellos en la casa, la calle, la escuela, y finalmente, la ideología que configuran todos estos aspectos. Pero su análisis de la composición étnica cubana cobra real importancia en la descripción de costumbres, los comentarios moralistas sobre el comportamiento e inclinaciones de negros, mulatos y blancos y su interrelación. De aquí se desprende, pues, que la historia de amor, que no es un melodrama, sea el pretexto para hablar de las relaciones hombre/mujer, relaciones hombre/mujer, blanco/negra, en el plano legal del matrimonio, y en el plano de lo culturalmente aceptable, el concubinaje. En el enfoque de esta unidad productiva básica se nos pone al tanto de las ventajas y conveniencias de un enlace entre iguales, así como el de la imposibilidad, dificultad y delin-

31

la categoría de igualdad se mide primer la propiedad y después por el de la piel. De esta manera, si por un lado la novela ilustra los problemas del matrimonio mixto, y sus advierte y pone en guardia contra su viabilidad, por otro tiene el gran mérito de exponer al detalle el aspecto subjetivo y las consecuencias sociales de una práctica tan entendida como reprochable y humillante, el concubinaje.

Villaverde muestra con claridad sorprendente y a través de la detallada descripción del papel que juega la familia, que el concubinaje es básicamente el producto de una ideología surgida de la sociedad esclavista, donde ser blanco es una ventaja que se aprovecha, y donde ser negro es una desventaja que se quiere minimizar. Así, nos dice Villaverde, a la sombra del blanco, por ilícita que fuera la unión, creía y esperaba Cecilia (y las mulatas) ascender, salir de la humilde esfera en que había nacido, si no ella, sus hijos. Casada con mulato, descendía, porque tales son las aberraciones de toda sociedad constituida como la cubana. Empero a pesar de su posición analítica progresista, la novela no presenta alternativas. Por el contrario, ella sugiere que el matrimonio debe efectuarse entre iguales. Dada la circunstancia cubana, el caso Cecilia/Leonardo es atípico, ya que un matrimonio mixto en el XIX, sólo es posible entre mulata acomodada y blanco pobre—en muchos casos en artículo muerto; pero en ninguna circunstancia es posible entre blanco acomodado y mulata pobre, por más bella que ésta sea. Como dice con razón Villaverde, hablando de Cecilia, "su belleza incomparable era... una cualidad relativa... mas eso no constituía título abonado para salir ella de la esfera en que se ha nacido." (p. 232). Además, hablando de matrimonio, hay que subrayar las alianzas entre criollos y peninsulares ejemplificadas por Cándido/Rosa—sus antagonismos políticos no impiden las alianzas de clase entre ellos.

Cada uno de los capítulos de la novela ilustra una o varias de las consecuencias de esta práctica social y su precio en términos humanos. El blanco puede violar a la mulata, hacerla su concubina, raptarle a su

Areito  
Vol. 4  
No. 18, 1979

En breve: usarla mientras esta joven; ignorarla si está enferma, y abandonarla si está vieja.

Cecilia Villaverde apunta, sin lugar a dudas, la dependencia económica total de la mujer y de los hijos respecto al hombre. Causa ésta de su explotación, sí; pero también efecto de la economía esclavista. El mantenimiento de la mujer, de sus hijos, y en muchos casos de abuelas y bisabuelas, se limita a una precaria y opresiva economía de subsistencia. Y la condición laboral doméstica afecta la lucha emancipadora femenina encerrándola dentro de la esfera privada, doméstica, emotiva. Esta es, a mi ver, la razón por la cual la resistencia femenina adquiere necesariamente un carácter de locura, ya sea en la pérdida real de la conciencia, en la apatía, la resignación, o bien, el comportamiento al margen de lo moralmente proscrito, pero culturalmente sancionado, como es capitalizar el sexo convirtiéndose en concubina.

El uso y abuso de las funciones naturales, biológicas, de la mujer "de dolor"—tener hijos que no desea, amamantar a los ajenos antes que a los propios, juntarse con quien le repugna—, pone en evidencia la facilidad de su explotación. El sexo, o el recato sexual, viene a ser su única propiedad privada sobre la cual invierte para capitalizar y obtener el provecho visible en un aceptable matrimonio entre iguales o un buen amancebamiento con desiguales. Negros y blancos están segregados por una línea divisoria que no cruzan más que las mujeres. Y esto sólo de manera precaria, biológica. Quizás aquí se asienta el naturalismo que concibe la atracción entre blancos y negros como una cuestión "natural."



de lo étnico y lo femenino

La descripción detallada de los mulatos—hombres y mujeres—culmina, aunque no se agota, en la figura de Cecilia. En ella, pues, toman cuerpo un sin número de cuestiones concernientes a lo étnico con su desarrollo cualitativo cuantificable.

Si delinear imágenes falsas, Villaverde descubre el tipo humano que diluye al máximo el negro hasta el punto de convertirlo en blanco, y nos da a conocer aquellos cambios físicos necesarios que experimenta el tipo biológico al variar el porcentaje de su mezcla. La bisabuela de Cecilia es, sin mezcla concebida, negra. La abuela, Señá Josefa, ya de alas a la inquietud y desasosiego, será mezcla de hembra negra y varón indio, o de hembra negra y varón blanco? La madre se va "purificando" en definitiva y ofrece un conjunto de características aceptables: tiene cabellos largos, "pestañas largas... el rostro ovalado, pálido de cera (como Isabel)... barba aguda... boca pequeña" (p. 98). Hay, sin embargo, dos características que la traicionan: sus labios bellos y su "nariz bastante bien hecha para mujer de raza mezclada, como sin duda era aquélla de que ahora se trataba" (p. 98).

El tipo mezclado de Cecilia, sólo se le revela a "ojo conocedor." Sin embargo, y para dramatizar la acción, Villaverde expresa sus deseos mediante pretendida ignorancia: "¿A qué raza, pues, pertenece esta muchacha?" (pp. 105). Aunque con anterioridad él mismo nos había preparado la composición y el porcentaje de razas que contribuyen a la formación genética de Cecilia, ahora deja caer insinuaciones pertinentes: "sus labios rojos tenían un filote oscuro" (pp. 105); "había demasiado ocre en su composición y no resultaba diáfana y libre" (p. 105). Se olvida, quizás, como en el caso de las debidas proporciones de la abuela, que ya nos había dicho que "no era para" y que "allá en la tercera y cuarta generación (efectivamente la abuela y la bisabuela) estaba mezclada con la etiope" (p. 105).

Creando armonías y paralelismo con el cuento de Narcisa, donde

mos aquí evidentemente con un corte descriptivo que ya apunta a la dimensión moral. Sin embargo, hay elementos de continuidad en la nomenclatura racial que nos interesan. Cecilia duplica los síntomas de la "deparación racial." No nos referimos aquí a las observaciones sólo visibles a un catador interesado—la línea oscura alrededor de los labios—, sino a los más obvios y recurrentes. Entre ellos ofrece continuidad el pelo "naturalmente ondulado" de Cecilia, la abundante mata de pelo de la madre, comparado con el pelo crespo de la abuela; la frente, alta en Cecilia, ancha en la abuela; la nariz, recta en Cecilia, "bastante bien hecha" en la madre; los labios, llenos en Cecilia y bellos en la madre. Todos estos rasgos van a venir a ser debatidos por los estudiantes, compañeros de promoción de Leonardo.

Dicho está que Villaverde no se limita a hablarnos a hurtadillas y como quien no quiere de las cuestiones de las mezclas. Todo lo contrario. El tiene marcado interés en ilustrar los postulados teóricos de este debate, y el grado de preocupación y conciencia que la clase intelectual progresista y la generación del 30 tienen sobre el mismo. A este fin prepara un diálogo casual y en apariencia desinteresado entre Pancho Solfa y Leonardo Gamboa que va a dirigirnos hacia una cátedra sobre la historia legal y los debates técnicos sobre la esclavitud. De esta manera, y con calculada segunda intención, las enfáticas y cuidadosas descripciones físicas de Cecilia y su familia son duplicadas en el diálogo entre dos estudiantes. De nuevo se habla aquí de los rasgos físicos peculiares de los mulatos: el "pelo sospechoso" de Solfa, "su apariencia montuna," los cabellos, labios y ojos de Govantes que "hacen dudar mucho de su pureza de sangre." Otros comentarios sobre el mismo tema son más impersonales: que si "hace bulto la sangre mezclada," que si hay quien gusta más de la "canela" que del "carbón que es mucho más inferior," y eso de que a quien le gusten las mulatas es como la cabra que "siempre tira al monte" (p. 123). Contrario a lo que podía esperarse, las referencias explícitas sobre los rasgos distinti-

vos antilimáticos, ya que el maestro Govantes, un mulato amigo de José Antonio Saco, habla de la esclavitud en tiempo pasado—que si son personas o cosas para el derecho romano—y no sobre la historia presente, que tendría su punto de apoyo básico en la propuesta abolicionista. Pero según dice Villaverde, el tema no prendía en la Cuba de 1830.

Los postulados teóricos sancionados por la ley se ven así acolchonados por la terminología racista en boga que nos pone al tanto de los temores y resquemores que despiertan las mezclas. En este caso el mulato se encuentra en la línea frontal de ataque, los negros esclavos forman el blanco principal, en la medida que ellos condensan más propiamente la cuestión de la productividad. De este tema se ocupa la continuación del diálogo sobre la esclavitud que encontramos en la tercera parte de la novela.

No podemos hacer caso omiso de la configuración que adoptan las simpatías y antipatías, atenciones y mercedimientos del autor hacia sus personajes, porque ya empezaban éstos a formar un patrón distinguible. A su indudable toma de posición contra la esclavitud, Villaverde añade una de sus primeras descripciones favorables a los mulatos hombres. Ya a partir de Pimentia, pero sobre todo ahora con el cateórico, y más tarde con la figura de Uribe, vemos que el trabajo y la educación son un buen rasero para medir los logros de los mulatos hombres, y la simpatía y aceptación que encuentran dentro de la clase intelectual progresista de los años 30. Se hace patente con ello que si la actividad productiva no errática prejuicios y malentendidos de pretendida base biológica, si produce efectos mayores en la consideración que los mulatos hombres merecen a los demás. Esta actitud positiva va a encontrarse su plena realización dentro del esquema de la familia y el matrimonio.

Pero, es curioso que las mulatas no le merezcan pareja deferencia y consideración. Ni una sola vez rinde cuentas Villaverde de un tipo apreciable y redentor. Todo lo contrario, consistentemente el autor mantiene a sus tipos femeninos en la línea de fuego que apoya sus juicios

narración. Sus tipos físicos, de mayor o menor belleza y atractivo, encuentran su logro en la correspondencia atractivo/corrupción en un porcentaje proporcionalmente directo. Es aquí donde toma forma lo más funcional y llamativo de la discusión étnica, i.e., la correlación y el paralelismo entre los rasgos físicos y la conducta moral. Ya nos había indicado el autor que los labios llenos de Cecilia indican "más voluptuosidad que firmeza de carácter" (p. 104), y para ser perfecto, su conjunto bello necesita "que la expresión fuera menos maligna, si no maligna" (p. 105). Nos parece obvio que en este paralelismo se apoya el notorio naturalismo del autor, que, como es de esperarse, no es sólo una cuestión de estilo, sino una de posición frente a la cuestión étnica, femenina y de clase. Desde Mercedes hasta Cecilia, y desde Nemesia hasta la mujer del sastre, sus mulatas retienen y se apegan a normas de comportamiento corruptas. Y no es que no haya modelos productivos en la realidad y por eso no puedan ser con gracia concebidos por la imaginación—Nemesia y la mujer del sastre son tan hábiles y buenas costureras como él y Pimentia—, es que en realidad, se trata de instigar la duda y diseminar el rumor haciéndolo a las mujeres responsables y, en verdad, víctimas de una concepción moral de raíces biológicas. Su falta de conciencia respecto a su propia condición de raza, sus aspiraciones a movilidad social, pero sobre todo, las dudas racistas del autor, las hacen caer en la trampa que les tiende la sociedad mediante y previo uso de su sexo. Pero ahí no se agota la acusación. Al preferir al blanco, la mulata causa la ruina moral, psicológica y hasta productiva del mulato. Villaverde deja su ideología boca arriba al hacer a la mulata responsable y depositaria de una situación social que va mucho más allá de cualquier gracia y habilidad sexuales, y que perjudica por igual a ambos sexos, i.e., el colonialismo, el capitalismo y la esclavitud.

Pero volviendo a Cecilia, predilecta figura del cuadro y representación típica de la mulatería, su configuración una belleza, rara, corrupción social y crianza descuidada al concepto de pueblo de Villaverde

conjugan una mezcla, lo más completa posible, de todos los conflictos cultivados a lo largo de siglos de esclavitud y miseria que tienen como resultante la condeñación a priori de la herulina. Cecilia es trabajada de antemano para probar una tesis, y su problema principal se convierte así en objeto de silencio y evasión. De dónde si no viene el carácter misterioso, de suspenso, precursor del estilo tele-novela que acompaña la presentación del caballero durante una buena parte de la novela. Este corresponde paralelamente a la primera presentación de las damas blancas, a quienes se diría se tiene la intención de proteger contra el vulgo, para culminar en el desenlace del argumento y la trama que lleva a efecto la esclava negra María de Regla, ya casi al terminar la novela.

Fondo y forma se conjugan así para oscurecer el por qué del problema de Cecilia. La novela ha sido criticada por esta falta formal. ¿Por qué se empeña este autor, dice la crítica, en ocultar a Cecilia y a Leonardo el verdadero origen de su problema, y por qué, se apresura y precipita Villaverde al final de la novela? La respuesta a estas preguntas no puede ser de estricto carácter formal.

El problema de Cecilia no se reduce a parecer blanca y a ser bonita. Aunque el tema étnico, conjugado al atractivo sexual, es de importancia indudable, la cuestión Cecilia/Leonardo encapsula también el papel de la familia y el matrimonio dentro del esquema productivo capitalista. Por tanto, la trama tiende al típico desenlace productivo, interrumpido por causas y razones tan fuera de serie en esa sociedad que se dirían "milagrosas."

De aquí se desprende el interés que tienen las conversaciones sobre el matrimonio. La abuela aconseja a la niña matrimonio con hombre blanco—"blanco aunque pobre, sirve de marido; negro o mulato, ni el huey de ure" (p. 123); Uribe sostiene que "los blancos... se comen las mejores tajadas" (p. 291), y que "la culpa la tienen ellas (las mulatas), no ellos... que si a las pardas no les gustaran los blancos, a buen seguro que los blancos no miraban a las pardas" (p. 292).

las blancas, las parvas no mirarian  
parvos blancos" (p. 292). Villaver-  
de también... un comentario:  
casarse con... tito es bajar,  
"porque esas son las aberraciones  
de toda sociedad constituida como  
la cubana" (p. 232). Cecilia aspira a  
casarse con un hombre que jamás  
contraería matrimonio con "mujer  
de clase baja, (de) oscuro... origen  
y... sangre mezclada." (p. 231.)

Aquí empezamos a virar y por  
primera vez comprendemos que la  
presentación positiva de los mulatos  
hombres se debe al interés que  
genera la propuesta matrimonial  
dentro del contexto étnico. Para  
llegar a estas conclusiones basta  
seguir los lineamientos esenciales de  
la trama. A Cecilia se la presenta  
bonita para hacerla objeto "de la  
soez galantería" (p. 153), para ilustrar los  
impedimentos de la movilidad social  
que proscriben las mezclas raciales  
y de clase. Es hermana del prota-  
gonista principal para frustrarle  
también los canales tradicionales de

constituye "título abonado" para  
salir de la pobreza, la protagonista  
queda desprovista de la única ruta  
de salida propia a su condición  
social y vana esperanza femenina.  
Al no aceptar la propuesta del  
matrimonio entre iguales (con  
Pimienta), Cecilia, "mariposa sin  
alas," "oveja sin grey," se precipita  
por la misma senda sexual que le  
depara "su ardiente naturaleza," y  
sigue el camino reservado a  
Nemesia, "pardita andrajosa, calle-  
jera y malcriada" (p. 123), hija del  
Señor Pimienta, "que tiene más de  
negro que de otra cosa" (p. 123), de  
la que tanto la quiere separar y  
distinguir la abuela.

Violadas quedan, pues, madre e  
hija. De nada sirvieron las esperan-  
zas vanas de la abuela para la cual  
Cecilia podía esperar "distinciones  
y goces," "riquezas y carruajes," y  
de nada le sirvió a la buena señora,  
casada con dos maridos—uno de  
cada color?—darle la lección con el  
ejemplo. Por el contrario, la abuela  
carga con la responsabilidad de la  
educación débil, atenuada por la  
necesidad de amor, a veces preocupa-  
da, pero en la mayoría de los

cree dócil y obediente.

Advertimos aquí un grupo de  
binomios conflictivos: en primer  
término, la clásica dualidad virgen/  
prostituta, encarnadas ambas y a su  
debido tiempo, en Cecilia; la movili-  
dad social mancueraada con el  
incesto crea la línea invisible imposi-  
ble de cruzar; el pretendido cruce de  
razas haciendo par con la perpetua-  
ción de grupos étnicos desfilibles  
encarnado en la presentación del  
candidato deseable, "mulato joven;  
bien plantado y no mal parecido de  
rostro" (p. 134), además de buen  
trabajador que es Pimienta; corrup-  
ción del pueblo y corrupción de la  
clase dominante sublimada por el  
debido escamoteo de los últimos y la  
abierta responsabilidad de los  
primeros; la locura y la cordura  
como patronímicos del mestizaje y  
la pureza de sangre.

Isabel: la anti-Cecilia

Villaverde no nos presenta una  
verdadera alternativa a la imagen de  
la mulata Cecilia. Pero sí ofrece a  
una anti-Cecilia, blanca y propietaria.  
Como es de esperarse, la  
formulación del problema femenino  
no se detiene en la mulatería, sino  
incluye también la problemática  
racial. La inclusión de la heroína  
blanca justifica su descripción y  
establece el contraste con la mujer  
"de color."

Con el propósito de sembrar  
discordias y establecer comparacio-  
nes favorables a los de arriba, la  
historia de las blancas es también  
medio propicio para divulgar fanta-  
sías proclives al rumor. Donde  
Cecilia es de carácter inclinado a la  
corrupción, Isabel, su modelo, es  
personificación de lo correcto; y si  
Charo era descocada cabecidura,  
doña Rosa es de "ademán reposado  
y señoril." La selección del medio  
en que se las coloca también hace  
violencia a las primeras, situándolas  
en la cama—ya sea la del concubi-  
nato, la del hospital o la de la  
cárcel—, la feria, la plaza del  
mercado y el baile de cuna, y reserva  
para la mujer blanca la tranquilidad  
del hogar y lo apacible y romántico  
del campo—a pesar de estar amena-  
zadas por los cimarrones.

En doña Rosa y en su marido  
cobran cuerpo las inexactitudes de

vos son desmentidos por los actos de  
estos dos personajes. Debemos  
creer que doña Rosa es de "amabili-  
simo aspecto" aunque siempre la  
vemos en franco estado colérico, y  
su ademán "reposado y señoril" es  
constantemente cuestionado por sus  
ataques de celos, sus pleitos y casti-  
gos a sus esclavos. La interacción  
entre ella y su esposo hace referencia  
únicamente a su función biológica  
de madre—ambos se preocupan de  
manera y por razones diferentes por  
su hijo—y hace, en apariencia, caso  
omiso de las relaciones de propiedad  
que los unen como marido y mujer,  
o de las relaciones políticas que los  
dividen—el peninsular; ella criolla.  
Claro está que Villaverde crea esta  
situación con ciertos propósitos.  
Por medio del matrimonio de Isabel  
y Leonardo, se conciliarán los inter-  
eses económico-políticos de criollos  
y peninsulares encarnados en el  
matrimonio Rosa/Cándido. Por  
estas razones, no es forzado  
concluir que de todas las figuras  
femeninas, la más importante es  
Isabel, porque en ella se potencian  
las desviaciones físicas del estere-  
tipo femenino aceptable, mientras  
se reconcilian los aspectos producti-  
vos y laborables beneficios a la clase  
dominante.

Isabel, de "tipo severo y modes-  
to... celibero de origen" (p. 316),  
no posee las "facciones menudas"  
de las Montalvo, teutónicas reinas  
de belleza. Por el contrario, a no  
ser sus cualidades morales, su físico  
resulta más bien feo. A pesar de  
que Villaverde nos dice que es atrac-  
tiva, su cuerpo sin "redondez o  
voluptuosidad," su "aire varonil y  
resuelto," el "bozo oscuro" que  
sobrea su boca, difícilmente nos  
convence de la veracidad del juicio  
del autor.

Isabel tiene, pues, dos desviacio-  
nes fundamentales, el físico  
(varonil), y la edad (pasada de la del  
matrimonio). Pero a estos defectos  
compensan virtudes de mayor  
cuantía, que favorecen y ayudan a  
tender los puentes entre los fraccio-  
namientos clasistas que separan a  
Leonardo de los republicanos,  
insurgentes o no. Por eso cada  
amigo tiene su par: Isabel para  
Leonardo; Rosa para Nemeses. Las  
discrepancias políticas quedan alle-  
nadas por los lazos familiares.  
Podemos concluir, entonces, que

demostrar la variedad y diferencia,  
las ventajas y desventajas que ofrece  
el matrimonio entre miembros de  
una clase, comparados con los  
problemas que acarrea uno entre  
miembros de clases sociales diferen-  
tes, a la vez que pone en evidencia  
las virtudes necesarias que debe  
reunir la mujer si espera benéfico  
matrimonio.

Los pocos encuentros ciudadanos  
entre Leonardo e Isabel subrayan la  
desigualdad de los encuentros en la  
ciudad de Leonardo y Cecilia.  
Aunque en ambos la desigualdad y  
el desajuste de la relación tienen  
pretendidos cimientos morales, en  
realidad, el color de la piel y la  
propiedad determinan la esencia del  
buen comportamiento y savoir  
faire. Así, mientras Cecilia dificul-  
ta e imposibilita la tranquilidad de  
esclavistas, Isabel. Por eso, la  
imagen de Cecilia desde un principio  
se crea con ingredientes separatistas,  
éticos y morales, acentuando sus  
rasgos de conducta negativos; dándolos  
cuantos antecedentes familiares  
enturbiaran su origen, y permiti-  
endo que en ella tomara  
cuerpo la corrupción social. En  
contraste, Isabel, venida de la  
tranquilidad de los campos, necesita  
sólo unos cuantos rasgos físicos  
para definirla. Porque Isabel no,  
no hay que crearla; su tía Rosa,  
viuda de un antiguo socio de  
Gamboa en la trata, avala y legiti-  
miza su posición. Su legitimidad no  
se cuestiona. De las escasas tres  
escenas que la introducen, las dos  
primeras muestran la superioridad  
moral, la conducta refinada y  
bondadosa de esta casi arruinada  
esclavista, sobre su más afortunado  
competidor económico, Leonardo,  
y sobre su más bella competidora  
sexual, Cecilia. La tercera la  
muestra repartiendo gracias y  
"protecciones" a sus esclavos; y, lo  
que es más importante, desplegando  
al máximo tanto su capacidad  
administrativa y productora como  
su fortaleza física.

Pero si con nublado disfrazado pudor  
el narrador presenta el ideal feme-  
nino capitalista, Leonardo, menos  
experimentado, deja al descubierto  
la materia prima de este proceso y  
muestra las sustancias en estado  
crudo, previo a la transformación.  
En el diálogo entre Leonardo y  
Nemeses, conocemos las cualidades

de la heroína como en la propia  
juventud, seriedad, romanticismo y  
dulzura. Pero es tarea ociosa notar  
que las cualidades forman los  
componentes esenciales de un buen  
matrimonio burgués, donde la  
juventud combinada con el recato y  
la fidelidad aseguran la reproduc-  
ción, el carácter previo de la misma,  
la debida distinción entre hijos  
legítimos e ilegítimos, el buen  
reparto de la herencia y la conti-  
nuada acumulación del capital, la  
dulzura y buen carácter son el medio  
de cultivo propicio para la tran-  
quilidad y la tolerancia, que excusa y  
perdona las infidelidades y extravíos  
masculinos, porque entiende que los  
hombres—sobre todo los blancos  
ricos—están rodeados de mujeres  
mulatas, coquetas, perversitas y  
ambiciosas como Cecilia.

Tantas y tan concentradas virtu-  
des escasamente pueden encontrarse  
en otra mujer. Se diría que, con  
premeditada intención, Isabel  
viniera a corregir errores cometidos  
por su más desafortunada antecesora.  
Pues doña Rosa, celosa y pasio-  
nal, está al borde de arruinar al  
único heredero, fomentándole  
vicios y desafueros, y financiándole  
indirectamente sus amoríos con  
"clases inferiores."

Con riguroso apego a su modelo,  
y en medio de tal cúmulo de virtu-  
des, Villaverde nos previene contra  
uno de los vicios mayores en que  
puede caer la mujer, la agresividad.  
Si la mujer no es dulce y pacífica,  
corre el peligro de convertirse en  
"virago," esto es, en ser anti-  
femenino, casi hombre con fronte-  
ras limitrofes en el lesbianismo. Así,  
con alevosía, premeditación y  
ventaja, se da un doble jaque mate  
para controlar, o por lo menos  
prevenir, la agresividad femenina,  
que puede ser legítima expresión de  
descontentos, reclamo incontestable  
de derechos, o simple y legítima  
resistencia a la opresión. No está de  
más traer a colación lo que se decía  
antes de la agresividad de Charo:  
que no entraba en razón, que era  
testaruda, cabecidura. Así pues,  
con legítima autoridad, Villaverde  
muestra siete vicios contra siete  
virtudes, y amenaza la resistencia  
femenina ya con la locura (Charo),  
ya con la prostitución (Cecilia), ya  
con lo anti-femenino (Isabel).

Con estos antecedentes, sorpren-  
de más el caso de doña Rosa, quien,



agresividad. ¿Por que no la castiga entonces el autor, pasándole juicio negativo y amenazador? La respuesta parcial a esta pregunta la encontramos en el diálogo entre Meneses y Leonardo que hemos mencionado. Ella es el ejemplo que usa Meneses cuando, ante la despiadada estereotipificación de la mujer, llama al amigo al orden con las palabras "Conciencia, conciencia," a lo que responde Leonardo "Conciencia... ¿Quién la tuvo jamás en tratándose de mujeres?" (p. 224). Nadie duda, pues, que doña Rosa posee vicios, pero también posee capital (aportó 200 mil pesos al matrimonio, una cuarta parte del capital de la pareja, y es la heredera legítima de La Tinaja). Por otra parte, es la madre de Leonardo, lo cual debidamente traducido significa respeto entre consanguíneos y respeto a la edad.

Para terminar, vale aclarar por qué una mujer tan virtuosa como Isabel quiere casarse con un hombre tan sin atributos como Leonardo. No es difícil descubrir la respuesta si recordamos que Isabel está pasada de edad, y que es fea; pero sobre todo, que es mucho menos rica que él. Si para Villaverde Isabel es un medio de reconciliar antagonismo, para Isabel el matrimonio es un medio de permanecer en su clase. Pero, ¿qué cosa puede representar este matrimonio para Leonardo, joven galán y de fortuna que podría aspirar a las más ricas y bellas señoritas habaneras? Para Leonardo, según señala indirecta y solapadamente Villaverde, el matrimonio es un medio de adquirir virtudes y cualidades que no posee, pero que le son indispensables si ha de mantener su posición y aun progresar en ella.

En resumen, la ideología anti feminista que caracteriza la obra de Villaverde, se amolda a un pensamiento liberal muy siglo diecinueve, que se ve agravado en Cuba por el racismo encarnado sobre todo en la mulatería. En esa sociedad había poco espacio para la mujer. La mujer blanca poseía cualidades en la medida que se la podía consagrar como esposa y como madre. La mulata, segregada por la sociedad, relegada al rincón que le permitía el sistema de apartheid, seguía la senda del concubinato.

miento, el trabajo, la auto-realización. El estudio de los personajes femeninos en la obra de Villaverde pone en evidencia estas verdades. Su estudio muestra las posibilidades de desenrañar las contradicciones del pensamiento liberal respecto a la mujer y la familia, y así contribuir a combatir el sexismo y el racismo.

ILEANA RODRIGUEZ  
Spanish and Portuguese  
University of Minn.



<sup>1</sup> Cirilo Villaverde. Cecilia Valdés o la leona del Ángel. (La Habana: Instituto Cubano del Libro, 1972). Citamos por esta edición indicando el número de la página correspondiente en el texto.

<sup>2</sup> Verena Martinez Aller. Marriage, Class and Color in 19th Century Cuba: A Study of Racial Attitudes and Sexual Values in a Slave Society. (London: Cambridge University Press, 1974.) Este libro es uno de los estudios básicos e indispensables sobre el tema que nos ocupa y el período que tratamos.

<sup>3</sup> Villaverde, p. 215.

Continúa Pág. 53

## ases del Concurso Sobre José Martí Convocado por la Revista AREITO y el Centro de Estudios Marianos.

1.—La revista AREITO y el Centro de Estudios Marianos convocan a los ciudadanos de cualquier país a participar en un concurso de monografías cuyo tema general será IMAGEN DE LOS ESTADOS UNIDOS EN LA OBRA DE JOSÉ MARTÍ. Dentro de ese tema general, las monografías podrán abordar aspectos parciales concretos.

2.—Las obras deben ser originales, inéditas, en español, y con una extensión no menor de cincuenta cuartillas y no mayor de doscientas, mecanografiadas en hojas de 8-1/2 x 11 pulgadas, a dos espacios, y foliadas.

3.—El premio consistirá en la publicación, por el Centro de Estudios Marianos, de la obra seleccionada, un viaje a Cuba del autor si no residiera en la Isla, y mil pesos cubanos si se encontrara en ella.

4.—AREITO designará un primer jurado, para escoger las obras que serán remitidas a un segundo jurado, nombrado por el Centro de Estudios Marianos, el cual seleccionará en definitiva la obra premiada, y recomendará además aquellas que podían merecer su publicación total o parcial.

5.—Las obras serán enviadas en original y dos copias, con nombre y dirección del autor, a la dirección de AREITO: P.O. Box 1124, Peter Stuyvesant Station, N.Y., N.Y. 10009, Estados Unidos.

6.—Las obras deberán estar en la revista AREITO a más tardar el 15 de noviembre de 1979.

7.—El resultado de este concurso será dado a conocer en La Habana el 28 de enero de 1980.

El Centro de Estudios Marianos fue creado por el Gobierno Revolucionario de Cuba el 19 de mayo de 1977, día en que, ochentidós años antes, cayera combatiendo José Martí. Este nuevo organismo, adscrito al Ministerio de Cultura cubano, tiene entre sus funciones estudiar la vida, la obra y el pensamiento de Martí, a quien Fidel llamó "autor intelectual del asalto al Moncada," de acuerdo con criterios científicos; reunir, cuidar y reproducir los originales que se conserven del Maestro (su "papeletería," como él mismo escribiera), las primeras ediciones de sus obras, las fotografías que se le tomaron y otros documentos relativos a él; promover publicaciones de y sobre la obra maritiana, tales como libros, cuadernos, folletos, discos, carteles y el Anuario del Centro; auspiciar conferencias y reuniones sobre Martí; así, a principios de 1978, ofreció por la radio y la televisión cubanas el ciclo de charlas Martí en su mundo, y en 1979 realizará un simposio internacional sobre Martí y el pensamiento democrático revolucionario. Además, colabora con otras instituciones en la organización de conferencias, publicaciones, exposiciones y concursos, como éste que ahora convoca en unión de la revista Areito.

Cecilia Valdés .

<sup>4</sup> Martín Morúa Delgado, "Impresiones literarias: Las novelas del señor Villaverde" en Homenaje a Cirilo Villaverde (Habana: Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, 1964), pp. 116-133. Morúa Delgado es el único crítico del siglo XX que presta atención a la cuestión étnica y su desarrollo en la obra de Villaverde. El crítico sostiene, entre muchas otras cosas, que Villaverde está a favor del orden establecido y que se representa de la mulatería no es realista: "En toda la obra se nota el consabido y deliberado empeño de justificar las líneas trazadas y consagradas por el esclavismo colonial" (p. 122). En relación al debate racismo-consumismo: "Y no hago mérito de éton y otras inexactitudes histórico-sociales, porque veo que el autor no ha podido aún desprenderse del maligno espíritu de aquellos tiempos, y se muestra poderosamente inficionado de la codemia colonial, es decir: dominado por las preocupaciones de aquel vergonzoso período" (p. 123).



<sup>5</sup> Diego Vicente Tejera, "Juicio crítico sobre «Cecilia»," Revista Cubana (La Habana), 4 (1960), pp. 340-41. Aunque éstos son dos de los aspectos recurrentes de la crítica sobre la obra de Villaverde, Tejera les da la formulación más precisa y objetiva.

<sup>6</sup> Karl Marx and Frederick Engels. The Women Question (New York: International Publishers, 1944) p. 11. Una obra ya agotada, sin desarrollarla completamente, a un sin número de cuestiones fundamentales sobre el papel de la mujer y el matrimonio en la sociedad burguesa.